

## EL QUE PELEO CON FIRPO

Calvin Respress camina pausado. Rítmico y feliz, pero pausado, por las calles de La Plata. Disfruta la sombra de los tilos y el brillo del sol sobre su cabeza. Si alguien lo saluda, responde tocando suavemente con su mano un imaginario sombrero. Siempre, siempre, sonrío y deja ver el brillo de sus dientes blanquísimos rodeados por los labios prominentes.

Va a la celebración del culto en el templo metodista de Diagonal 74; recién ha dejado atrás Plaza Italia, en un domingo en el que no hay muchos transeúntes y quienes viajan en tranvía lo hacen cómodamente, desplegando el diario, tal vez en la hoja de las carreras en el hipódromo que está a pocas cuadras, en 1 y Diagonal 80.

Los que lo saludan saben quién es.

—Peleó con Firpo — dicen, por si alguien no lo conoce.

Calvin peleó con Firpo, el mismo que tiró a Dempsey, y así y todo se lo ve caminar por las calles de La Plata. Se lo ve feliz. Está bien que aquellas peleas fueron hace casi treinta años, cuando los dos, Calvin y Firpo, andaban rondando también los treinta.

Calvin se suma a la congregación que celebra el culto en el templo metodista y canta sus canciones. Las canta tan bien que, por momentos, los feligreses prefieren quedar en silencio para escuchar la bella manera en que Calvin entona los himnos religiosos elegidos para ese día domingo.

Viste un traje de hilo color arena, zapatos de cuero negro y blanco, camisa blanca con corbata negra, finita y larga. Y la cabeza calva, brillante, como

encerada. Camina del brazo con su esposa, una criolla de la que se enamoró como de la ciudad.

Calvin se hizo amigo de Firpo, así que conocía muy bien su vida y podía contarla, si se daba la ocasión. Claro que no siempre habían sido amigos; por ejemplo, aquella vez, la primera en la que pelearon, no eran amigos. Calvin no sintió que fueran amigos, sobre todo después que Firpo lo desparramó en el segundo round. Nocaut. Debió escuchar a Firpo decir, y a otro traducir, que ni en esa pelea y en ninguna otra sobre un ring, había enemistad. Lo que había era una bolsa con dinero, que había que ganar. Fue a finales del año 1918, en el ring del Teatro Circo Independencia de Santiago de Chile.

—Usted me va a ayudar a ganar dinero— le dijo Firpo— y yo lo ayudaré a usted. Usted conoce el box de Estados Unidos. Yo quiero pelear ahí.

Firpo se lo dijo, y se lo repitió dos meses después, con el segundo combate terminado. Esa vez Calvin lo aguantó, y la definición fue por puntos. A favor de Firpo, claro.

—De acuerdo —dijo Calvin — Vámonos.

Calvin boxeaba para ganar dinero, y la propuesta de Firpo le pareció bien.

—Tengo que sacarle a Dave Mills el título de campeón sudamericano de los pesados — dijo Firpo—Después nos vamos a Nueva York.

Se prepararon todo el año para esa pelea. Calvin, sparring de Firpo, subía al ring cada tarde, después de haber entrenado en el gimnasio.

En noviembre del diecinueve Firpo subió a enfrentar a Dave Mills, aunque no le fue bien; perdió por puntos en fallo dividido y escandaloso.

Volvieron al entrenamiento y en abril del otro año tuvo la segunda oportunidad. No había que dejar dudas, así que en el primer round lo dejó fuera de combate.

Nobleza obliga, Firpo le dio la revancha para fin de año, en Buenos Aires, y el público pudo ver en diciembre un espectáculo contundente, aunque breve: otra vez nocaut en el primer round y confirmación de su corona sudamericana de pesos pesados.

Y de ahí a Nueva York, que lo esperaba con títulos en los diarios, que lo llamaban el toro salvaje de las pampas, y anunciaba las próximas peleas.

En cada nueva pelea que arreglaba Firpo, a Calvin le tocaba adiestrarlo en el estilo del rival. No sólo en su manera de pelear; también hablarle de sus obsesiones, mañas, puntos débiles. La noche del 20 de marzo de 1922 Firpo subió al ring en el Laurel Garden de Newark para enfrentar a Sailor Tom Maxted. El público confiaba en Sailor, y por eso le dio una ventaja de 14 a 1 en las apuestas.

—Mejor así —dijo Firpo.

Sailor llevaba unos tatuajes que llamaron la atención de Firpo. Cruces que comenzaban en el hombro izquierdo y subían hasta el cuello, y resultaban fácilmente visibles para cualquiera que se le plantara enfrente.

—Cada cruz representa a un rival batido por nocaut. — le explicó Calvin

Parece que a Firpo no le importó nada esa cantidad de cruces y la desventaja en las apuestas, porque aguantó los ataques de Sailor en el primer round; en el segundo lo hizo retroceder un par de veces y, ya entre el tercero y el cuarto lo

empujó con cada rechazazo que le lanzaba a la cara, con cada gancho que llegaba al hígado. Hasta que una piña fue a dar en la mandíbula de Sailor y el yanqui a la lona; eso fue todo. Firpo miró al rival en el piso, se acercó a su rincón y le dijo a Calvin:

—Se ve que las cruces son muy pesadas. Éste no se levanta más.

Con resultados como ese, pensó Calvin, la promesa de dinero que le hizo Firpo no demoraba, ya comenzaba a contar los billetes. Porque estaba visto que a Firpo, más que el estilo, le interesaba la bolsa.

—Palo —decía Firpo —y a la bolsa.

Eso entusiasmó a Despress: comía bien, desayunaba con huevos, tocino, salchichas y jamón. Untaba manteca y mermelada sobre las rodajas de pan y se las engullía mientras revolvía el café en el que había echado varias cucharadas de azúcar. Pelear con Firpo, aunque fuera parte de un entrenamiento, obligaba a tener mucha energía disponible.

De a poco, Firpo le contó algunas cosas de su vida. Era hijo de un vendedor de zapatos en el centro de Junín, una ciudad que Calvin imaginaba como las del centro de Estados Unidos. Y como no conocía ninguna ciudad del centro de Estados Unidos, se hacía una idea vaga de cómo sería Junín.

Firpo le dijo que, de chiquito, pasó unas semanas en Buenos Aires, para que los médicos le revisaran un problema en los oídos. Pudo admirar sus largas calles y anchas avenidas, pero que después volvió a Junín porque a su padre lo contrataron en el Tiro Federal, un lugar en el que iba la gente a probar puntería. Eso quedaba afuera de la ciudad, camino a la laguna de Gómez, cerca de unos cuarteles del ejército. A Calvin le quedó grabado ese recuerdo,

porque varias veces le escuchó contar cómo eran sus mañanas yendo a la escuela, varios kilómetros entre quintas y baldíos.

Calvin recorre las calles de la Plata observando las baldosas, los balcones con macetas, y registra cualquier cambio en el entorno. Siempre fue muy observador y conoce la ciudad como si hubiera nacido ahí. Ahora que conoce La Plata, y también conoció Junín, puede imaginar cómo eran las mañanas de Firpo rumbo a la escuela.

Vive con la familia en una casa con balcón a la calle, en el barrio de Las Quintas. Es entrenador de box en el Jockey Club y eso lo ha hecho conocido en la ciudad. Los muchachos, todos hijos de las familias más importantes, se pasan el dato y van a practicar, se preparan para campeón; sueñan con eso. Los que no entrenan hinchán por el amigo, toman un aperitivo y juegan al billar.

Los muchachos lo admiran, las jovencitas suspiran a su paso elegante y los chicos corren a su alrededor, esperando una vez más su sonrisa, la caricia en la cabeza con su mano grande y pesada.

Con la muerte de su mamá, el padre de Firpo dejó Junín para irse a Boedo con sus hijos a cuestas. En un barrio en el que todos eran hinchas de San Lorenzo, Firpo, como uno más, se agregó a esa hinchada.

Ya era grandote para sus doce años y, como estaban necesitados de unos pesos en la casa, consiguió empleo en un restaurante, después en una farmacia, hasta que lo tomaron como cobrador en una fábrica de ladrillos. Ahí tuvo el primer indicio de que el boxeo podía ser una salida para él, una tarde en la que, con el maletín lleno por la cobranza, se vio rodeado por tres tipos que lo amenazaron y le pidieron el dinero. Con calma, Firpo les explicó que no les

daría nada, pero como no entendieron su explicación resolvió el asunto con algunos golpes. Uno alcanzó a escapar corriendo, los otros dos quedaron en el piso, noqueados. Andaba por los dieciocho años.

—Lo tuyo es el box —le dijo el dueño de la fábrica y lo acompañó a anotarse en un gimnasio.

Por eso Firpo le dijo aquella vez a Calvin que se ayudarían uno al otro a ganar dinero, porque si le interesaba el boxeo, era por la bolsa que podía dejarle, más que por el título.

Empezaron a prepararse, porque Firpo ya tenía en mente la pelea con Dempsey. Ya se sabía que Dempsey era el campeón de Estados Unidos, y como para los norteamericanos el mundo iba desde Nueva York a Los Ángeles y de Chicago a Nueva Orleans, Dempsey era el campeón del mundo.

—Si le gana el título se hará de una bolsa bien gorda—vaticinaba Calvin y se preparaba para lo que le pudiera tocar a él.

—No se preocupe. Si llego a perder, la bolsa también será buena— decía Firpo y pegaba, pegaba como para ganar. Y Calvin aguantaba las embestidas, pensando en su parte.

Calvin vio la pelea de Firpo con Dempsey. La vio de cerca. Lo vio caer a Firpo y vio cuando el árbitro de la pelea levantaba la mano de Dempsey y lo declaraba campeón. Eso en el segundo round, porque en el primero Firpo lo tenía acorralado, no lo dejaba salir y, en cuanto Dempsey dejó un flanco abierto, lo surtió en el mentón y lo sacó del ring; lo hizo volar sobre las cuerdas para caer desparramado sobre la mesa de los periodistas, arriba de una máquina de escribir.

En una de las primeras filas del Polo Grounds de Nueva York, donde había ochenta mil almas expectantes, estaba Alfred Runyan, un periodista muy conocido en ese mundo de Broadway y el box, que cuando vio ese golpe confirmó el apodo:

—Es un toro salvaje. El toro salvaje de las pampas.

—¿De dónde sacaron a este animal? —escuchó Calvin que preguntaba Dempsey a los de su rincón, antes de prepararse para el ataque final.

Firpo perdió. Esa es historia conocida. Pero también fue imborrable ese momento en el que tiró a Dempsey del otro lado de las cuerdas, sobre la mesa de los periodistas.

—Ya lo había hecho antes—dijo Firpo, como quitando importancia al episodio.

—¿Cuándo? ¿Contra quién? ¿En qué pelea? — quiso saber Calvin, pero Firpo le explicó que esa vez no había sido en un ring, no había una bolsa de por medio.

Fue una tarde que volvió a su casa y encontró a un tipo que le estaba hablando mal a su padre. No le gustaron los modales del visitante, así que lo midió serenamente con la mirada, lo agarró del cuello del saco y del fondo del pantalón y lo tiró por arriba del cerco de ligustrinas, a la vereda. Fin de la discusión.

Calvin contó su parte de la ganancia en aquella pelea, confirmó que era más de lo que podía haber cosechado si fuera él quien combatía, y se preparó para acompañar a Firpo en más peleas. Lo acompañó a Montreal, lo acompañó a

Lima y, como la siguiente exhibición era en Buenos Aires, lo siguió en su recorrida.

Fue entonces que Calvin decidió que Firpo le había traído buena suerte, y que lo mejor sería estar cerca de donde estuviera Firpo. Volvió para unas peleas en Estados Unidos, pero ya eligió Argentina para vivir. Cuando Firpo compró una estancia en Bayauca, Calvin lo acompañó.

—Se llamará “Los amigos”—dijo Firpo. —Esta plata se hizo con ayuda de los amigos, como usted— Calvin pudo saber cómo era Junín, aunque no pudo compararla con alguna ciudad del centro de Estados Unidos porque nunca estuvo en ellas.

Firpo cambió sus giras como boxeador por las giras controlando los campos,

—No hay que engañarse, Calvin. —El box sirve para juntar plata; fuera de eso, no sirve para nada.

Calvin también juntó un dinero, aunque no tanto como Firpo. No quiso comprar un campo. A él le gusta estar así, yendo a las prácticas en el Jockey Club, mirando las tardes desde su silla en el balcón a la calle y a veces, un almuerzo con el campeón.

Cuando termina la celebración del culto dominical, Calvin y su esposa vuelven a la casa, recorren la galería que lleva al comedor y saludan a la señora que los ayuda con los niños.

—Señor Calvin —es el saludo de bienvenida —Lo llamó el señor Firpo.

Tomará el tren de las diez. Lo invita a almorzar en el restaurant del hipódromo.

Calvin sonríe, sus dientes iluminan la sala y contagian a su esposa que también sonríe, se ajusta la peineta y alisa la blusa.

—Vaya a recordar lindos momentos, señor Calvin, con su amigo — le dice su esposa y le regala un beso.

Calvin vuelve a la calle, al andar pausado bajo la sombra de los tilos, el brillo del sol de mediodía y el recuerdo de aquellas peleas que le han dejado una billetera gorda y una sonrisa de oreja a oreja.